

Palabras pronunciadas con motivo del aniversario 40 del Instituto Cubano del Libro, Memorial José Martí, La Habana, 2007

Con inmenso cariño me dirijo a ustedes, en este día que se conmemora el aniversario 40 del Instituto del Libro. Hablaré solo del período fundacional que me correspondió.

Por orden del compañero Fidel, desde el 7 de diciembre de 1965, junto con mi tarea como director del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, trabajé en la reproducción de los libros para la docencia universitaria. Entonces la edición del libro corría a cuenta de un sistema que tenía de una parte a la Editorial Nacional, conducida por Alejo Carpentier, la Política, la Juvenil y la del Consejo Nacional de Cultura, de otra a la Empresa de Artes Gráficas, y el comercio del libro era gestionado por una empresa del MINCIN, que tenía en sus manos las librerías, y otra más de comercio exterior que importaba y exportaba libros, discos y sellos de correos. Este sistema había sido continuación del rudimentario de la Imprenta Nacional de Cuba, dirigida por el obrero Octavio Fernández, que tanto periodista le atribuye erróneamente al gran Alejo. En 1966 el compañero Fidel me comentó la necesidad de replantearse el sistema del libro para que se potenciaran sus posibilidades, de acuerdo a las demandas que iban presentándose a velocidad de vértigo. Podría crearse, valoró, un Instituto del Libro y me encomendó la tarea de estudiar su constitución y materializarlo. Así que tuve que abandonar mi tarea de profesor y dedicarme cada vez más al libro.

Puedo confesar que no me disgustaba la tarea editorial. Era un incansable lector y siempre soñé con que los cubanos leyeran.

Emprendí con pasión la tarea del Instituto. Empecé a estudiar los diferentes elementos que le darían paso y llegué a la conclusión de que había que centralizarlos, integrarlos: tomar las riendas del sistema editorial y reencausarlo, incorporar las imprentas dedicadas a hacer libros y parte de las revistas y el comercio del libro, tanto las librerías como la importación y exportación de obras. Con todos esos elementos se constituyó el Instituto, que llegó a tener rango en Cuba de organismo de la administración central del Estado; es decir, de ministerio.

Fundidos todos los mecanismos y entidades del libro en una sola organización, se aprobó el 27 de abril de 1967 en una reunión del consejo de ministros, la ley que creaba el Instituto. En la misma fecha fui designado su director general. Fidel había orientado que en el lugar cimero de la política editorial estuviera la edición de libros de texto, tanto para las universidades como para enseñanza general, según marcó eran sus tres primeras prioridades, pero había que pensar cuáles eran los demás factores que debían redondearla. Pudiera definirlos en unos pocos trazos: promoción de un lector, libros para desarrollar una cultura elevada en sus más diversos terrenos y muy accesibles en precio, tiradas abundantes, rescatar la obra de los escritores cubanos casi olvidados, las obras de los cubanos, y una política descolonizadora en la literatura; en otras palabras, publicar no solo las obras del occidente desarrollado, sino también las del Tercer Mundo. Por igual debíamos trabajar para formar al lector del futuro, los niños y jóvenes. Todo un reto sería promover la edición de obras de la ciencia y la técnica de los investigadores cubanos.

Se hizo necesario recomponer la organización editorial, de acuerdo a un orden temático. Inicialmente se hizo mediante lo que llamamos entonces series editoriales. De inmediato quedaron algunas muy bien definidas: arte y literatura, ciencias sociales, libros para la enseñanza en sus tres niveles, libros infantiles y juveniles y libros de divulgación general. También se crearon otras que más adelante se absorberían dentro de las editoriales que, al fin, en 1971, adoptarían más o menos su forma definitiva y la estructura interna que con alguna que otra diferencia tienen hoy. De esa forma se establecerían las editoriales de Arte y Literatura, Ciencias Sociales, Pueblo y Educación, Científico-Técnica, Orbe y Gente Nueva. Desde luego, había que ayudar al desarrollo del importante trabajo que había hecho Casa de las Américas, mediante sus ediciones, Casa, dedicadas a la literatura de América Latina. También las ediciones Unión, de la Unión de Escritores y Artistas, dirigida en lo fundamental a la promoción de las obras de los autores cubanos. A lo largo del proceso se fundó una editorial en Santiago de Cuba que, esencialmente, atendiera la producción de los autores de la antigua provincia de Oriente -por eso su nombre-, antecedente de las actuales editoriales provinciales, y en 1977 se desarrolló independientemente una editorial especializada en la

literatura y el arte cubanos, Letras Cubanas.

Como resultado de la política trazada, se editaron solo en esos cuatro primeros años más de tres mil títulos de autores cubanos. Se ratificaba nuestro compromiso con la cultura cubana y con sus más genuinas manifestaciones artísticas, política siempre al rescate de elementos medulares de nuestra nacionalidad y tradiciones revolucionarias, las que después de tantos años de penetración imperialista se hallaban a veces relegadas al olvido. Un hito en esta tarea lo constituyó la Colección Centenario, que comenzó su singladura al arribar el centenario del Grito de Demajagua. Las reediciones de obras de Máximo Gómez, Manuel de la Cruz, Fernando Figueredo, José Miró Argenter, Bernabé Boza, Enrique Collazo y muchas otras, hicieron familiarizarse a nuestro pueblo con la gran literatura de campaña cubana. De hecho puede decirse que crearon tal fiebre de lectura para conocer los episodios de nuestra epopeya independentista, que no eran pocos los que andaban con un ejemplar bajo el brazo. Aquel clima resultó tan fructuoso que, puede afirmarse contribuyeron a inflamar la imaginación de nuestros cineastas y al origen de una filmografía muy interesante, muy nuestra. Como continuación de la idea de entregar herramientas para la formación de nuestra nacionalidad se crearon, entre otras colecciones, *Palabra de Cuba*. En ella vieron la luz hasta 1980 o quedaron en cartera y salieron con posterioridad, obras de Varela, Saco, Varona, Ignacio Agramonte, Luz y Caballero, Sanguily y Roa, por citar algunas. No pueden dejar de mencionarse los tomos que ya se preparaban, con los escritos de Carlos Manuel de Céspedes, recopilación de Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, y los tres de *Letra con filo*, las obras de Carlos Rafael Rodríguez, publicados en colaboración con la UNEAC.

Ediciones muy significativas para esta línea editorial la constituyeron, desde el primer instante, las obras y discursos de Fidel. *La historia me absolverá* recibió ediciones muy bellas en español y otros idiomas. Una colección de pequeño formato de sus discursos e intervenciones más trascendentes comenzó a imprimirse, también en diversas lenguas. Memorable resultó *Educación en la revolución*, selección de textos de Fidel e imágenes sobre el tema, y las recopilaciones de discursos de sus visitas a Chile y a varios países del entonces

campo socialista.

Fue un logro poner al alcance de nuestro pueblo obras clásicas de nuestra historiografía, como las de Ramiro Guerra, José Luciano Franco, Julio Le Riverend, Juan Pérez de la Riva, Luis Felipe Le Roy y, otras más, entre las que se destacaron las de Manuel Moreno Fragnals y Sergio Aguirre, o las pertenecientes a más recientes historiadores, ya hoy figuras mayores, como Tabares del Real, Pino Santos y Pérez Guzmán, ya fallecidos, y también Jorge Ibarra y Eduardo Torres-Cuevas.

A esas alturas, prácticamente se le arrancaban de las manos a sus autores aquellas obras que reflejaban las luchas de la etapa insurreccional y la guerra de liberación.

En el terreno de la literatura, y con la misma cuerda de darles una nueva dimensión a las ediciones de los escritores cubanos de antaño, hay que recordar la publicación de obras prácticamente desconocidas, entre muchísimas otras, de Miguel de Carrión, Carlos Loveira, José Antonio Ramos, Anselmo Suárez y Romero, Ramón Meza, Martín Morúa Delgado, Jesús Castellanos, Luis Felipe Rodríguez, Enrique Serpa, Nicolás Heredia y Miguel de Marcos. Esto, sin descuidar las ediciones de Avellaneda, Milanés, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, Poveda, Regino E. Boti, Ballagas, Félix Pita, Eliseo Diego, Fernández Retamar, Fayad Jamís, Dora Alonso, Pedroso, Onelio Jorge, Vitier, Lisandro Otero o Feijóo, por citar unos pocos y sin mencionar los que en 1980 estaban ya en la cartera editorial y fueron más tarde a la estampa. A todas estas, sería obligatorio mencionar la edición de ensayos muy señalados pero no los únicos, de Mirta Aguirre, Marinello y Portuondo.

Estas ediciones del terreno de la historia, la literatura o la política, guardaban un sentido muy preciso. Nuestra nacionalidad no tenía una larga andadura. Al irrumpir la Revolución, había recorrido apenas un siglo de cristalización y sus hervores se habían producido en medio de nuestras guerras de independencia. Pero la intervención de Estados Unidos había provocado un retroceso brutal. La enmienda Platt significó una mutilación del desarrollo de nuestra

nacionalidad y una *capitidiminutio* de nuestra personalidad nacional. Nuestros héroes no eran tan héroes, nuestro patriotismo se decía de café con leche, y esa operación para dominarnos, no podía triunfar si no se menoscababa nuestra cultura. Por eso, también se trató por todos los medios de someterla a un proceso reduccionista: nuestros poetas eran menos poetas, nuestros escritores eran menos escritores, nuestros pintores eran menos pintores, nuestros músicos eran menos músicos. Sin embargo, lo mejor de nuestra intelectualidad había luchado y desarrollado un proyecto cultural ligado a la independencia nacional y al progreso social. De ahí el esfuerzo del Instituto del Libro por levantar bandera a favor de todo lo que reconstruyera la historia que se nos había tratado de robar, de poner de relieve la literatura que se nos había tratado de ocultar y llevarle la contraria a la malévolas maniobra de llevarnos al automenosprecio. Por cierto, entre las ediciones que entonces nos conmovieron estuvo la recopilación de trabajos de Mella, hecha por un equipo del ICL, la más completa hasta el momento. Con los sellos de sus editoriales salió también *La Historia de la enmienda Platt*, de Emilio Roig de Leuchesenring, el inédito *Presidio modelo*, de Pablo de la Torriente y la reproducción en varios tomos de las obras del Che, inicialmente editadas por Casa. Por igual, resultaron apasionantes los libros sobre el Moncada, de Mario Mencia, y otro con ese título, de gran formato e ilustrado, en la Editorial de Ciencias Sociales, como homenaje al vigésimo aniversario del 26 de julio.

En medio de esta tarea, ufano puede sentirse el ICL de haber hecho la reimpresión de las *Obras Completas*, de José Martí, en 27 tomos y con una tirada de 20 000 ejemplares. También, de que su línea editorial se abriera a la edición de textos científicos que resultaban un verdadero hito en la historia del libro en Cuba: una obra sobre el cáncer, del profesor Zoilo Marinello, y otra sobre investigaciones en gastroenterología, del profesor Raimundo Llanio. No olvidemos la publicación de *Suelos de Cuba*.

Si un antecedente meritorio había tenido la tarea editorial en la isla, esta la constituía la Colección de Libros Cubanos, dirigida por Fernando Ortiz y publicada inicialmente a finales de la década del 10. De manera que resultó de verdadero orgullo poder comenzar la edición

de las obras del gran sabio cubano como una colección propia.

De las cuestiones que merece la pena recordar están dos obras cuya génesis son dignas de la ocurrencia de su talentado autor, Raúl Roa, un prólogo para las obras de Rubén Martínez Villena, que se convirtió en libro y un trabajo liminar para las obras de su abuelo el teniente coronel Ramón Roa Garí, que corrió la misma suerte. Desdichadamente esta biografía de Martínez Villena de Roa aparecería póstumamente y, de manera incompleta, con el título de *El fuego de la semilla en el surco*. Años antes, motivado porque de igual manera le había solicitado un prólogo para las obras de Roa Garí, se había aparecido en el Instituto con el mazo de cuartillas de *Aventuras, venturas y desventuras de un mambí*. No por gusto, bromista, como siempre, y hasta con una cucharadita de avergonzamiento, me dijo al comprobar que *El fuego...* tomaba grandes proporciones: "La próxima vez me pides un libro y verás que me sale un prólogo". Esta historia aparecerá con mucho detalle en la recopilación de Ana Cairo sobre el centenario de Roa.

En el trabajo de coediciones que se desarrolló con diversas editoriales extranjeras, tuvo un lugar señero la que se hizo con la Editorial Aurora, de Leningrado, del libro *Museo Nacional de Cuba*. Posiblemente esta y *La arquitectura colonial cubana*, en dos tomos, de Joaquín E. Weiss, editada por Letras Cubanas, han sido las más relevantes ediciones de arte que se ha acometido.

Una contribución a la formación del pensamiento teórico la tuvo sin dudas la colección Polémica, en la que se publicaron obras como *La polémica industrial en la URSS*, *La nueva económica*, de Preobrashensky, el *Stalin*, de Isaac Deutscher y *El hombre unidimensional*, de Herbert Marcuse. Mas la información que proporcionaba el Instituto, trascendía a esa colección. Tanto dentro de Ediciones Revolucionarias, como en las publicaciones de Ciencias Sociales, aparecieron obras muy importantes sobre todo para el magisterio universitario. De ahí que se pueda enumerar, a manera de muestra, las obras publicadas de Max Weber, Galbraith, Durkheim, Ralph Turner, Gordon Childe, Gramsci, Mondolfo, Hegel, Thompson,

Lúkacs, Luxemburgo, Kautsky, los tomos de *Paideia*, de Werner Jaegger, *La rama dorada*, de Frazer, el *Diccionario filosófico*, de Nicola Abagnano, y hasta una selección, en dos amplios volúmenes, de la obra de Freud. Para completar la información necesaria de nuestros intelectuales y profesores, ya que no disponíamos de capacidades para todas las ediciones que se hacía necesario poner a la disposición de los estudiosos, se importaron no pocas obras del pensamiento contemporáneo. El dominio de las ideas de Marx, Engels y Lenin, fue posible por la adquisición de sus trabajos en la Unión Soviética.

La política de diversificación de las publicaciones para lograr que el lector cubano dispusiese de una amplia posibilidad de conocimiento de la literatura mundial y, de esa forma, librarse de la atadura colonizadora que lo reducía a conocer solo la literatura de una parte del mundo, se cumplió muy rigurosamente. De Sor Juana Inés de la Cruz a Tolstoi, de los aedas yorubas a Osumo Dazai, de Antonio Machado a Valentín Rasputin, de Eça de Queiros a Husmán Sembén, de Ivo Andric a Doris Lessing, se recorrió de acuerdo a las posibilidades todo el panorama de la literatura universal. Obras senegalesas, turcas, albanesas, hindúes, polacas, traducciones hechas en nuestro país, como la de *El buen soldado Schweik*, desfilaron ante los ojos de un privilegiado lector cubano. En una visita a La Habana, el director de la prestigiosa Editorial Gallimard, de Francia, Claude Gallimard, me solicitó le enviara regularmente el catálogo de nuestras editoriales pues pensaba que le sería útil, como material de trabajo, para guiar sus propias ediciones. Julio Cortázar fue testigo de esa petición.

Una iniciativa que permitió la aparición de la primera obra de algunos de nuestros talentos jovencísimos fue la colección *Pluma en Ristre*. En aquellos momentos todavía alborales de la Revolución, algunos de quienes hacían sus primeras armas en el campo de las letras dejaron plasmada para siempre su labor y un día resultarían toda una revelación. Mencionaré, para resumirlos a todos, a uno de ellos: Abel E. Prieto. El título de su cuento publicado en *Pluma en Ristre*, *Capercucita Roja*. Todavía el estudiante Abel no sabía que su camino laboral como editor, comenzaría en la redacción de Arte y Literatura, seguiría como director de esa editorial y culminaría como ministro de Cultura.

Como se ve para el Instituto del Libro y la tarea que le tocaba, no hubo quinquenio gris ni decenio negro.

Las obras de personalidades mundiales constituyeron otro hito de nuestras ediciones. Muy particularmente hay que señalar el poemario *Sagrada Esperanza*, del presidente Agostinho Neto. Las palabras introductorias a la edición cubana, como lo recordó durante su primera visita a la isla en calidad de gobernante, lo escribió en momentos en que las tropas enemigas trataban con sus obuses de abrir el camino a Luanda.

Una política implícita y seguida de manera inflexible en el Instituto fue la del respeto a la libertad de creación. Nadie puede decir que un editor, con el aliento pegado en la nuca, le dijo qué escribir ni cómo hacerlo. No hacía falta que nuestra Constitución lo hubiese establecido, para que tal criterio fuese seguido con mayor rigor que un dogma de fe. Bastaba la convicción que se albergaba en el Instituto y sus editoriales, de que el camino no era el de tal o más cual realismo, de tal o más cual tendencia. Todo el que afirme algo diferente, miente.

Un gran hito en la historia del Instituto del Libro fue la edición del millón de ejemplares del diario boliviano del Che. Esta y una de las ediciones de *La historia me absolverá*, también con un millón de ejemplares, son con seguridad las dos ediciones más voluminosas que se han hecho en Cuba hasta hoy.

En corto tiempo la necesidad y el deseo de seguir adelante quedaron limitados por las capacidades generales de impresión; por tanto, no mucho después empezó la modernización y ampliación de las imprentas. Con estas potencialidades se elevaron notablemente la cantidad de ediciones. El resultado fue que en el período entre 1967 y 1980, se editaron unos 480 millones de ejemplares y poco más de 15 mil títulos.

En 1976 el Instituto del Libro se integró en el Ministerio de Cultura. Pasó sin las librerías,

porque poco antes la Comisión del Sistema de Dirección de la Economía había tomado la decisión de trasladarlas al Poder Popular. En la década del 80 se traspasaría al MINED la Editorial Pueblo y Educación y se desprenderían las imprentas, que se incorporaron a la Integración Poligráfica. Años después, con los elementos que restaban en el Ministerio de Cultura, se reinstuyó el Instituto, subordinado a ese organismo. Dos compañeros tomaron sucesivamente su dirección, Pablo Pacheco, antiguo director de la Editorial Arte y Literatura, después, de Letras Cubanas y de la empresa de editoriales de Cultura y Ciencia, y Omar González, en la actualidad presidente del ICAIC, ambos con una relevante actuación a su frente. En ese período se editaron decenas de miles de ediciones y millones y millones de ejemplares. Hoy, con acierto, conduce el ICL Iroel Sánchez.

No cabe la menor duda, de que la idea de Fidel tuvo como fruto convertir al cubano en un pueblo de lectores. Recuérdese aquella temprana frase suya: "La Revolución no te dice cree. Te dice lee!" Ahora, después de los momentos difíciles del período especial, el problema estriba en renovar y hacer plurales los impulsos de esa condición. Mas ya puede afirmarse sin que haya la menor vacilación que estamos de nuevo en el camino del gran avance. Las ferias del libro internacionales así lo demuestran, y nuevas ediciones nos deslumbran y acucian. Con cada una se cumplen las palabras de Martí, de que un libro es una piedra en el altar de la patria.

Felicidades compañeros.